

partido en mi espíritu con el de la gratitud más viva por vuestras bondades. Gracias, pues, y que ellas, á las que de antiguo me acostumbrasteis, no me falten.

El curso de que esta noche he de hablaros, ó sea el de 1898-99, cuenta entre sus días fastos el de la sesión inaugural, en la que, una vez terminada la molestia de escucharme, pudisteis, llevados de la mano por nuestro Presidente D. Antonio Maura, recorrer todo el campo de la Administración pública española y comprobar cuán escasas y quebradizas son las garantías del ciudadano frente á los errores ó los desmanes de esa misma Administración. De cómo desarrolló esta materia el Sr. Maura no necesito yo hacer encomios; vuestro deleite oyendo aquel complejo discurso fué tal que, antes de terminarse la sesión, ya surgía en esos bancos el proyecto, realizado después con aprobación unánime, de otorgar al elocuente conferenciante lo que pudiéramos llamar el tercer entorchado, confiriéndole otra vez aún la Presidencia de la Academia, y con ella un honor que no más que dos precedentes tiene en nuestra historia; pues sólo D. Pedro José Pidal y D. Francisco Romero Robledo—la mención de cuyos nombres basta para explicar tal homenaje—han ocupado ese sillón durante tres cursos consecutivos.

Y está justificada vuestra conducta; que, de cierto, no tratasteis únicamente, al proclamar la candidatura del Sr. Maura para la reelección, de mostrar vuestro agrado por la oración inaugural á que me refiero, si que también quisisteis hacer patente en esa forma el reconocimiento de la Academia al hombre eminente que, no obs-